

podéis decirnos que demos al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios, puesto que Vos jamás os apartasteis un punto de esta enseñanza, y, siendo Rey eterno, os sometisteis á un rey temporal, y, siendo Hijo natural de Dios, quisisteis pagar el tributo que sólo obligaba á los esclavos; enseñadme á obedecer para gloria vuestra y bien de mi alma.

Epílogo y coloquios. ¡Con cuánta razón aseguró Jesús que los malos son más prudentes para lograr sus intentos que los buenos! Aunque aquéllos se hallen profundamente divididos, si tratan de llevar adelante sus propósitos de perseguir la virtud, saben deponer sus odios, y coligarse y estrecharse hasta que han logrado su pretensión. Tal es el proceder de los fariseos y herodianos de hoy: olvidan su pública enemistad para ir á tentar á Jesús. Mas, ¡con qué sagacidad y sutileza lo hacen! Principian por halagarle con blandas palabras, y después le tienden el lazo, preguntándole si se debía pagar el tributo al César. Si Jesús responde afirmativamente, se hará odioso al pueblo; si negativamente, los herodianos tendrán un pretexto para vengarse de Él. ¿Qué responderá Jesús en esta alternativa? Mostradme la moneda con que se paga el censo. ¿Qué imagen es esa? La del César, contestan. Pues dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. ¡Oh palabras dignas de ser grabadas con letras de oro en los corazones de todo el mundo! ¿Las hemos olvidado en la práctica? ¿Huimos de la adulación? ¿Imitamos la serenidad y calma de Jesús en presencia de sus enemigos? Indaguemos qué responde á esto nuestro corazón; corrijamos con firmes propósitos lo que nos dicte, y pidamos al Señor gracia para cumplirlos y el remedio para todos los males; roguemos en particular por todos los superiores.

DOMINICA XXIII DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.º Una mujer que padecía un flujo de sangre acercóse á Jesús con gran confianza para sanar de su enfermedad: tocó la vestidura del Señor, y quedó sana: el Señor le dijo que por su fe había curado.—(Matth., ix, 18-26.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á esta pobre mujer acercándose á Jesús y tocándole el ruedo de su vestidura.

PRELUDIO 3.º Pidamos sólida confianza en el poder del Señor.

Punto 1.º Considera cómo, dirigiéndose el Señor á la casa de un príncipe de la sinagoga, que le había pedido la resurrección de su hija difunta, una mujer que hacía doce años que venía padeciendo una grave enfermedad, y había gastado inútilmente cuanto tenía en médicos y medicinas, decía dentro de sí: «Si logro tocar tan sólo el ruedo de su vestido, seré sana». Las disposiciones con que esta mujer se acerca á Jesucristo para recobrar la salud, simbolizan las que nosotros debemos procurar

para obtener la salud espiritual del alma. Ella tiene vivos deseos de sanar, y estimulada por ellos, viendo que nada podían los remedios humanos y los médicos de la tierra, se resolvió á acudir al Médico del cielo, único que con certeza la podía curar. Á estos deseos acompaña una firme confianza en el poder de Jesús, creyendo que es tan grande éste, que á sus mismos vestidos comunica virtud de hacer milagros, y que no es necesario siquiera presentarle su enfermedad para que la cure. Funda estos deseos y confianza en una profunda humildad, teniéndose por indigna de parecer delante del Señor, aproximándose por la espalda, no atreviéndose siquiera á dirigirle la palabra. ¡Oh! Si nosotros imitásemos á esta ilustre mujer, alcanzaríamos sin duda la santificación de nuestra alma. Los deseos nos moverían á practicar los medios eficaces para este intento; la confianza nos dispondría para recibir las gracias del cielo, y la humildad atraería á nosotros las miradas de Dios. ¿Tenemos estas disposiciones? ¿Deseamos la santidad? ¿Confiamos alcanzarla, humillándonos delante de Dios? ¡Oh gran Dios! Ahora conozco la causa de no adelantar en el camino de la perfección: la tibieza en los deseos, mi poca confianza y escasa humildad, son los obstáculos que se oponen á mi santidad; concededme que los supere con valor y me haga digno de vuestra gracia.

Punto 2.º Considera cómo, aunque de ordinario conviene ocultar humildemente las gracias que se reciben de Dios, hay algunos casos en que es honroso para Dios y provechoso para el prójimo el manifestarlas. Esto quiere enseñarnos Jesucristo en esta ocasión, descubriendo el milagro que había obrado en la mujer que acababa de ser sana. Con esta revelación era Dios glorificado, los circunstantes edificados, el príncipe de la sinagoga confirmado en la fe, y la misma mujer curada del error en que estaba, pensando que había alcanzado de Jesús un favor tan señalado, sin saberlo Él mismo. Demás de esto, pretendía Jesús mostrarnos que para curar los pecados, que son las enfermedades del alma, no basta de ordinario el dolor, confusión y arrepentimiento, sino que es necesario que se manifiesten en la confesión; por lo cual preguntó á los circunstantes quién le había tocado, no porque lo ignorase, sino para provocar á que la misma enferma curada manifestase su dolencia, aunque sintiese algún rubor. Mira la ternura con que el Señor consuela á esta mujer que, confusa y temerosa, estaba á sus pies, diciéndola: «Tu fe te ha hecho salva». ¡Cómo sabe este buen Padre disimular los defectos de sus hijos, cuando éstos se humillan y se tienen por nada en su presencia! ¡Oh Jesús! ¿Quién no confiará en vuestra bondad paternal? ¿Quién no esperará el remedio de sus males viendo la facilidad con que curáis los más inveterados? Mirad, Señor, el flujo hediondo de mis culpas y pecados; atajadlo con vuestro poder, y libradme de él por vuestra misericordia.

Epilogo y coloquios. ¡Cuán poco pueden los remedios humanos cuando no los acompaña la bendición de Dios! Doce años habían transcurrido desde que la pobre hemorroisa padecía una peligrosa enfermedad. Había gastado cuanto tenía, había acudido á todos los médicos, sin resultado favorable. Pero ¡dichosa mujer!, acude al Remediador de todos los males, y no saldrán fallidas sus esperanzas. Ella desea, confía, se humilla, y no podrá menos de alcanzar lo que pretende. Estimulada por tal deseo, móvida por esta confianza, y reconociendo su bajeza, se acerca á Jesús por la espalda, toca su vestido, y al instante se siente curada. ¡Oh poder de Jesús! ¿Consentirá este Señor que quede sepultado en el silencio este milagro, é ignorada la fe de la enferma? La gloria de Dios, el bien de los prójimos, exigía otra cosa. Y así, aunque se ruborice la mujer, aunque en otras ocasiones haya el Señor encargado escrupulosa reserva á los que habían presenciado sus prodigios, en ésta lo quiere manifestar, y confirmar con su ejemplo que hay tiempo de hablar y tiempo de callar. ¿Imitamos los deseos, confianza y humildad de esta enferma? ¿Seguimos los ejemplos de Jesús, buscando siempre y en todas las cosas la gloria de Dios? ¿Nos llevan la vanidad y los deseos de ser conocidos y alabados? ¿Cuándo y de qué manera faltamos? Examinémoslo, y procuremos el remedio, haciendo propósitos y pidiendo la gracia de cumplirlos, y rogando por lo que tenemos encargado.

DOMINICA XXIV DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.º En el Evangelio de esta dominica explica el Señor lo que será el juicio final, y termina diciendo: «El cielo y la tierra pasarán, y mis palabras no pasarán».—(Matth., xxiv, 15-35.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesucristo explicando lo que ha de suceder al fin del mundo.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de conservar las enseñanzas del Salvador, y ajustar á ellas nuestra vida.

Punto 1.º Considera cómo la santa Iglesia, que principió el año trayéndonos á la memoria el juicio final, según lo escribe el Evangelista san Lucas, lo termina en este día, recordándonos el mismo juicio, según se lee en san Mateo. Esta conducta de nuestra Madre la Iglesia está inspirada por la más celestial sabiduría. Al comenzar el santo tiempo de Adviento nos recuerda este juicio, para movernos á que nos preparemos para recibir á Jesús en su primera visita, llena de suavidad y amor; y, al terminar el año, nos refresca la memoria de este acontecimiento, para que, si no hemos aprovechado la visita amorosa del Padre, temblemos y nos resolvamos á la penitencia, recordando la visita espantosa del Juez. ¿Qué debemos nosotros hacer para obrar

según los amorosos designios de nuestra santa Madre? Pondera cuán bien se va cumpliendo la sentencia divina del Salvador, cuando dijo: «El cielo y la tierra pasarán». Comenzaste en el año pasado el Adviento; pasó éste, pasó la Cuaresma, pasó el tiempo pascual... ¿Qué te queda de todos estos tiempos? ¿Qué te queda de todos los años de tu vida? Si los has empleado en obras de virtud, esto hallarás delante de Dios; pero si los has pasado en divertimientos, pecados y en acumular tierra de bienes materiales, los has perdido miserablemente; y por más que trabajes, llores y te esfuerces, este tiempo está perdido, y los méritos que en él podías alcanzar tendrás de menos por toda la eternidad. ¡Oh Dios Eterno! Abrid los ojos de mi pobre alma, para que de hoy más trate seriamente de redimir y aprovechar el tiempo; grabad en ella el recuerdo de la última cuenta, para que por él se mueva á verdadera y constante penitencia. ¿Nos acordamos del juicio? ¿Cómo empleamos el tiempo? ¿Cómo lo emplearemos en adelante?

Punto 2.º Considera que, así como es certísima la primera parte de la sentencia de Jesucristo, que dice que el cielo y la tierra pasarán, también lo es la segunda, en que afirma que sus palabras no pasarán, esto es, no dejarán de cumplirse. Del profeta Samuel leemos en la divina Escritura que ninguna de las palabras que dijo cayó en tierra, esto es, quedó sin cumplimiento; lo mismo podemos decir de los demás profetas cuando hablaron por divina inspiración. Si esto se dice de los profetas, ¿con cuánta mayor razón debemos asegurarlo de Aquél por cuya inspiración ellos hablaron? Sí, todas las palabras que dijo el Salvador son verdaderas, todas sus promesas son segurísimas, todas sus amenazas, por más terribles que sean, se cumplirán. Cuanto ha dicho acerca del dogma y de la moral es indubitable; y aunque todo el mundo lo contradiga, y aunque los hombres todos, formando coro con los demonios, traten de combatirlo, permanecerá eternamente, porque escrito está: «Mis palabras no pasarán». Diez y nueve siglos hace que el Señor profirió estas palabras y que la Iglesia las predica. Nada hasta hoy ha podido impedir su cumplimiento. ¿Crearás tú, alma fiel, las palabras del Señor? ¿Vacilarás aún acerca de la verdad de sus promesas y amenazas? ¡Oh Dios mío! Aumentad en mí la fe; no permitáis que todas las tribulaciones, persecuciones y escándalos sean poderosos para levantar en mi corazón la más ligera duda sobre vuestras enseñanzas. Que se conmueva el orbe, que se enfurezcan las naciones, Vos habéis de reinar en mí durante la vida, para que yo reine con Vos eternamente.

Epilogo y coloquios. ¡Oh verdad tan espantosa como tristemente olvidada por los cristianos! El juicio se acerca; todos nos hemos de presentar ante el tribunal más augusto, más recto y más incorruptible, para dar cuenta de toda nuestra vida.

Esto nos recuerda la Iglesia al principio y al fin del año; y nosotros lo olvidamos! En vano el Salvador nos dice que todas las cosas que nos rodean son transitorias; que hoy existen y mañana ya no parecen; en vano nos advierte que sola su palabra es eterna y permanente y no puede dejar de cumplirse en todas sus partes. Nosotros, insensatos, nos olvidamos de su palabra, para no pensar más que en estas cosas viles, que, si no las dejamos, ellas nos dejarán. ¿Hasta cuándo seremos pesados de corazón? ¿Cuándo abriremos los ojos á la luz que el Señor derrama sobre nuestra vida? Reflexionemos atentamente sobre lo que nos conviene practicar, evitar ó mejorar; hagamos propósitos, pidamos gracias, y roguemos por todo el mundo.

INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA.

PRELUDIO 1.º La Santísima Virgen fué por divino privilegio preservada inmune de la culpa original; y así lo tiene definido la santa Iglesia.

PRELUDIO 2.º Representémonos al soberano Pontífice rodeado de Cardenales y Prelados innumerables, definiendo como dogma de fe la Inmaculada Concepción de María.

PRELUDIO 3.º Pidamos vivo agradecimiento al Señor por el beneficio que nos ha dispensado con la definición de este dogma.

Punto 1.º Considera cómo es un dogma de nuestra santa religión que María, en el primer instante de su Concepción, fué preservada de contraer la culpa original por los previstos méritos de Jesucristo. Quien no lo creyera, ha hecho naufragio en la fe y queda condenado por su propio juicio. El cielo y la tierra de consuno nos anuncian y enseñan esta verdad. El Padre Eterno, honrando á María con el glorioso título de Hija predilecta; el Hijo divino, llamándola su Madre escogida entre millares; el Espíritu Santo, proclamándola toda hermosa y sin mancha; toda la Santísima Trinidad escogiéndola por su Tabernáculo, Trono, Huerto cerrado, ha manifestado claramente que María posee más pureza, candor y gracia que ninguna otra criatura. Los ángeles del cielo ya la saludan llena de gracia, ya la contemplan apareciendo al mundo como brillante aurora, despidiendo preciosa fragancia de santidad, arrimada constantemente á su Amado. La misma Señora se ha dignado hablar al mundo, y decir: «Yo soy la Inmaculada Concepción»; y en confirmación de esta verdad, ha hecho y hace innumerables y continuos milagros. ¿Quién será tan duro de corazón que vacile un instante en rendir su entendimiento en obsequio de este dogma? Alégrate de esta tan soberana honra que Dios ha concedido á tu Madre; dale por ella el parabién, y resuélvete á imitar en lo posible su limpieza, huyendo de toda culpa, conservando con esmero la divina gracia, haciendo de ella grande aprecio, y creciendo cada día en virtud delante de Dios y los hombres. ¡Oh Virgen Inmaculada!

Vos sois la llena de gracia, el tabernáculo de Dios y la bendita entre las mujeres: por los inmensos dones que en vuestra Concepción recibisteis, os suplico me alcancéis la gracia divina, y que sea tan fiel y firme en conservarla, que pierda todas las cosas antes que un solo grado de ella.

Punto 2.º En este punto has de considerar las grandes ventajas que debemos reportar de este dogma tan suspirado y tan glorioso para nuestra dulce Madre. Él aviva nuestra fe, porque, viendo la conducta de la santa Iglesia en su definición, nos manifiesta que las verdades que esta tierna y prudente madre nos propone son excesivamente creíbles; excita la esperanza, presentándonos á una pura criatura como nosotros, hija de Adán pecador, de nuestra misma naturaleza, íntimamente unida con Dios, y recibiendo una gracia muy superior á la de todos los ángeles; enciende la caridad, porque nos descubre cuán generoso y desinteresado y ardiente es el amor que Dios profesa al género humano, y por lo tanto á nosotros también, cuyo amor sólo con amor puede pagarse. Este dogma nos depara armas poderosas y eficaces para combatir á nuestros enemigos; porque él nos muestra cuán poco puede el demonio contra aquellos que se ponen bajo la protección de Dios; cuán fácil le es al Señor templar y sosegar los movimientos de la concupiscencia, cuando así extingue y apaga el mismo *fomes* del pecado en María, y cuán despreciable es el mundo, cuando vemos que el dogma más glorioso y más amado de María es el que menos brillo y esplendor ostenta para el mundo, siendo toda su gloria interior y espiritual. Finalmente: este mismo dogma es la palanca más poderosa para despertar la devoción á María, señal cierta de predestinación. ¡Oh Madre purísima! Ahora sí que os diremos que sois la alegría de Israel; por Vos se alegran todos los que ven á Dios por la fe y esperan verle eternamente en el cielo por medio de la lumbre de la gloria; haced que yo reporte los bienes que Vos deseáis de este glorioso misterio, sobre todo que crezca en vuestra devoción y me haga digno de la eterna gloria.

Epílogo y coloquios. ¡Qué honor para María! ¡Qué manantial de bienes para los cristianos! Es un dogma de nuestra santa Religión que María fué concebida sin la mancha del pecado original. El cielo y la tierra se postran delante de ella y la rinden homenaje y la apellidan gloria de Jerusalén, alegría de Israel, honor de la humanidad. La misma Trinidad beatísima se goza en honrarla, ensalzarla y glorificarla, y la misma Señora publica á la faz del mundo que es inmaculada, y en confirmación de su palabra, da salud á los enfermos, convierte á los pecadores, remedia todos los males y resucita á los mismos muertos. ¡Oh dogma consolador! ¡Cuántos bienes por tí nos vienen! La consideración de esta verdad aumenta la fe, confirma la esperanza, aviva la caridad, da fortaleza contra el demonio, vigor para resistir á

la carne y menosprecio del mundo. Él es el más poderoso aliado para despertar la devoción á la Reina de los ángeles y adquirir esta señal cierta de predestinación. ¿Por qué, pues, no nos alegramos nosotros, al recordar y celebrar este misterio mariano? ¿Por qué no trabajamos por imitar la pureza de esta Señora? Salgamos de nuestra apatía; y con firmes propósitos, devotas súplicas, hagámonos dignos de ser hijos de María y roguémosla por la Iglesia, por la España y por el mundo entero.

NACIMIENTO DE JESÚS.

PRELUDIO 1.º Jesucristo en su nacimiento es un compañero que nos muestra lo que debemos huir y abrazar, para que espiritualmente nazca en nuestra alma.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús recién nacido, reclinado en el pesebre sobre algunas pajas, y cerca de Él á la Virgen, á san José y un par de animales.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de aprender las enseñanzas de Jesús.

Punto 1.º Considera lo que de Jesús canta la Iglesia, que al nacer se dió por compañero y amigo de los hombres. Bienaventurado el que ha tenido la dicha de hallar un amigo fiel: es el mejor tesoro que podía encontrar. Fija los ojos de tu mente en Jesús recién nacido; mira todo cuanto pasa á su alrededor, lo que hace, lo que padece, y oye lo que dice, y te convencerás que Él es el mejor amigo que podíamos desear. Como tal nos enseña desde el pesebre lo que debemos huir para alcanzar la verdadera felicidad. Como Señor absoluto de todas las cosas y de todos los tiempos, en su mano estaba elegir á su voluntad el tiempo, el lugar y el modo de su nacimiento. Si los hombres hubiesen debido disponerlo, escogieran el más rico palacio de la más populosa ciudad y hubieran rodeado su cuna de todo el esplendor y magnificencia que ofrece el mundo. Mas los pensamientos de este divino Niño, como dice Isaías, no son como los nuestros, ni sus caminos son nuestros caminos. Deseoso de reinar en nuestro corazón, y de nacer espiritualmente en nuestra alma, en su nacimiento nos muestra los impedimentos que pueden estorbarle su entrada. La soberbia, la sensualidad, la avaricia, el amor del mundo, la libertad demasiada: he aquí lo que impide muchas veces que nazca Jesús en nuestro corazón. Por esto en su nacimiento está humillado, pobre, mortificado, fajado, y hecho el desprecio de los mundanos. ¡Oh Jesús divino! ¡Cuán reprobables son los hombres, que, á pesar de vuestros ejemplos, conservan con desorden su amor al mundo y á sus concupiscencias! No permitáis que sea yo de estos desgraciados, porque no es justo que el discípulo siga un camino opuesto al que siguió su Maestro.

Punto 2.º Aquí has de considerar cómo Jesús en su nacimiento, no sólo te muestra lo que debes huir para que nazca en ti espiritualmente, sino también lo que te conviene practicar para

lograr tan inmenso bien. Pondera cómo este divino Niño fué formado por obra del Espíritu Santo en el seno de María; llegado el tiempo de su nacimiento, apareció en el mundo sin que la integridad virginal de su Santísima Madre padeciese el menor detrimento, fué envuelto en pañales por esta Señora, y puesto en un pesebre y alimentado con su leche virginal. Del propio modo, para que Él sea concebido en nosotros espiritualmente por la gracia, es necesario el auxilio del divino Espíritu, sin el cual no somos suficientes para pensar ni obrar cosa alguna meritoria. Luego de concebido, hemos de procurar que salga á luz por medio de obras puras, santas y conformes á nuestro estado. Las cuales obras, significadas también por los pañales que envuelven y cubren al divino Infante, se han de llevar á cabo con el auxilio de María. Para que nuestro corazón pueda servir de reclinatorio al divino Jesús, ha de ser como pesebre, pobre, por el desprendimiento de todas las cosas; fuera de la ciudad, por la soledad en la que ha de hallar sus espirituales delicias; con unas pocas pajas, contentándose con lo más vil de la tierra; expuesto á todas las inclemencias, de modo que pueda decir con el Apóstol: «Estoy habituado á todo; sé humillarme y recibir aplausos, vivir en la abundancia y padecer necesidad». ¡Oh, si estos fueran nuestros sentimientos! Entonces, no sólo moraría Jesús en nuestro corazón, sino que, fomentado y nutrido con el aliento de la oración y con la leche de las obras santas y caritativas, con los auxilios de José y María, iría creciendo admirablemente en él, y nosotros progresaríamos en virtud y santidad, haciéndonos dignos de mayor gloria. ¡Oh dulce Jesús! Por Vos suspira mi alma; romped los cielos y bajad; venid y no tardéis; tomad posesión de mi pobre corazón; dominad en él como dueño absoluto, á fin de que pueda yo algún día dominar con Vos en el cielo. ¿Estamos nosotros preparados? ¿Es nuestro corazón como el pesebre de Belén?

Epílogo y coloquios. ¡Gloria á Dios en las alturas! ¡Paz, alegría y gozo celestial á los hombres de la tierra! Esto nos anuncian los ángeles en este solemnisimo día; y con razón. El Dios de la majestad, que habita en una luz inaccesible, ha nacido al mundo, haciéndose nuestro compañero, socio y amigo. Apareció la benignidad del Salvador instruyéndonos, como dice san Pablo. Desea reinar en nosotros, y comienza á mostrarnos lo que debemos huir y practicar para lograr su apetecido objeto. Hollando en su nacimiento las riquezas, honores y placeres, nos muestra que debemos huir de la sensualidad, avaricia y orgullo; naciendo en un pesebre pobre, solitario, retirado y expuesto á todas las inclemencias del tiempo, nos dice lo que ha de ser nuestro corazón para que en él tenga sus delicias, y more con gusto. Entremos dentro de él, y escudriñemos con detenido examen el modo cómo nos encontramos. ¿Nos domina la sensualidad, el orgullo, la avaricia? ¿Tenemos amor á la pobreza, retiro, so-

edad? ¿Nos hallamos indiferentes para lo que Jesús nos exija? Miremos lo que á esto contesta nuestro corazón; propongamos con firmeza lo que nos convenga, y pidamos fervorosamente al divino Jesús que nos ayude y remedie todas las demás necesidades.

PRINCIPIO DE AÑO Y ENMIENDA DE LA VIDA ¹.

PRELUDIO 1.º Representémonos estar en el tribunal de Dios, dándole cuenta de nuestra vida, especialmente de lo que hemos hecho durante este año último.

PRELUDIO 2.º Pidamos la gracia de llorar las faltas pasadas y tener verdadera enmienda.

Punto 1.º Considera con atención lo que durante el año que ha terminado hiciste, y verás que en él has ido contrayendo continuamente dos suertes de deudas con Dios; á saber: de beneficios recibidos y de ofensas cometidas. Da una mirada á todos los días que han transcurrido, desde el principio de él hasta este momento, y no podrás menos de confesar que en cada uno de ellos el Señor se ha complacido en favorecerte corporal y espiritualmente. Á muchos envió la muerte; á ti te ha conservado la vida en medio de grandes peligros de perderla; muchos han vivido enfermizos, necesitados, faltos de lo necesario, tristes, perseguidos, calumniados; tú tal vez has gozado de salud, has disfrutado de paz, alegría, disponiendo de lo necesario para tu sustento y vestido; y si has estado enfermo, no te ha faltado quien te asistiese; si triste, quien te consolase; si perseguido, quien te defendiese. Pondera luego los innumerables beneficios espirituales. Mas ¿quién los podrá contar? ¿Cuántas inspiraciones, avisos, ilustraciones, remordimientos de conciencia! ¿Cuántas confesiones, comuniones, misas, sermones y funciones santas! ¿Cuántas meditaciones, exámenes, lecturas, buenos ejemplos! Y si á esto añades los beneficios ocultos que tú mismo no conociste, los peligros de que te preservó, las ocasiones de que te alejó, las tentaciones que impidió, los pecados de que te libró, las veces que sujetó al demonio para que no te dañase. ¡Ah! Verdaderamente debes humillarte en la presencia de este benéfico Señor, que tan generoso fué contigo, siendo tú con Él tan mezquino é ingrato. Porque no ha pasado un solo día que no le ofendieses innumerables veces, y quizá con notable gravedad. No solamente has sido la higuera que no ha dado frutos á su dueño, el criado que no ha negociado con los talentos de su Señor; sino que, semejante á los malos renteros, has usado en provecho propio de los frutos de su viña, y has matado á sus criados, que te pedían la renta, ahogando las inspiraciones con que te inducía á corresponder á sus beneficios. Oye la amorosa queja que te dirige el Señor:

¹ Esta meditación podrá servir para el día primero del año.

«¿Qué más debía hacer Yo con mi viña? ¿No tenía derecho á esperar que me diese sazonados frutos, y sólo me ha dado gracias?» Confúndete de tu proceder; arrójate á los pies de Jesús, como el siervo que debía diez mil talentos, y pídele que te perdone. ¡Oh Dios mío! No entréis en juicio con vuestro siervo, porque de mil cargos no podría responder á uno solo; continuad siendo benéfico y generoso conmigo, haciendo que en el nuevo año que me concedéis, supla lo que no hice en el que ha pasado.

Punto 2.º En este punto has de considerar lo que te conviene hacer en el año que has empezado para corresponder debidamente á los beneficios divinos, y no continuar siendo higuera infructuosa, ocupando inútilmente la tierra, y exponiéndote á la maldición del Señor. Para conocerlos, medita las obligaciones que tienes como hombre, como cristiano, como religioso, ó en el estado en que te ha puesto la divina Providencia, y ordena el modo cómo has de cumplirlas. Mira las tentaciones á que probablemente te verás expuesto, y prepárate para vencerlas, adoptando los medios más eficaces para alcanzar este fin. Mas pondera cómo es propio de buenos hijos y de fieles siervos no contentarse con hacer aquello á que están estrictamente obligados; antes se esfuerzan en conocer la voluntad de su padre y señor para cumplirla con perfección, sin esperar el mandato. La voluntad de tu Padre celestial es que te santifiques, que seas perfecto como Él lo es, lo cual exige de ti que evites todas las culpas, que practiques todas las virtudes, y que las ejercites con toda la perfección que sea posible. Á fin de moverte á esto, considera cómo para este año se ha dado sentencia de muerte contra millares de hombres; y no podrán evitarla, por más que trabajen y se cautelen; tú puedes ser uno de ellos. Cada día que pasas es una limosna que te da el Señor para que hagas penitencia, llores tus pecados, practiques obras buenas y te dispongas para el último trance. Las gracias de Dios están de tal manera encadenadas, que la correspondencia á una atrae la consecución de otras; y viceversa, la resistencia te va alejando de Dios y va deteniendo los efectos de su divina misericordia. Innumerables serán los que en este mismo año quedarán burlados, presentándose delante de Dios, desnudos de obras buenas y cubiertos de pecados. Pesa bien todas estas razones, y reflexiona qué quisieras haber hecho, si hubieses de morir antes del año próximo. ¿Qué aconsejarías á aquel que te pidiese consejo, hallándose en el estado en que tú actualmente te encuentras? ¡Oh Jesús amoroso! Por aquel dolor que sentisteis en este día y por las lágrimas que derramasteis, os suplico me deis á conocer vuestra santísima voluntad, y me ayudéis para cumplirla ahora en la tierra del modo que se cumple por los bienaventurados y deseo yo cumplirla en el cielo.

Epílogo y coloquios. ¡Ha pasado un año! ¿Cuántas deudas contraídas durante él! ¿Cuántos desengaños experimenta